



Dr Plinio

Vol. III - Nº 25 Mayo de 2020



*Zarza ardiente
de esperanza*



Apóstol de la fidelidad

Hubo una brecha en el Colegio Apostólico, la más dolorosa de la Historia: un apóstol traidor. El lugar quedaba vacío y era necesario que alguien por sus virtudes, reparase junto a la justicia divina el mal hecho por Judas y que tuviese de admirable todo cuanto Judas tuvo de abominable y por lo tanto fuese un anti Judas.

San Matías se nos muestra así, como siendo el Apóstol de la fidelidad, del desapego, de la honestidad, de la lealtad.

Tal vez, solamente en el Juicio Final sabremos algo acerca de su vida. Entonces, conoceremos cómo este hombre bien amado de Dios y de Nuestra Señora, realizó la tremenda misión de ser aquel que, por la luz de su virtud, apagaría la mancha de Judas en la Historia de la Iglesia.

(Extraído de conferencia de 23/2/1966)

Elección de San Matías.
Iglesia de San Pedro.
Burdeos, Francia

Sumario

Vol. III - No. 25 Mayo de 2020



En la portada,
el Dr. Plinio en 1982.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Frescor de alma en la espera*

PIEDAD PLINIANA

5 *Oración junto a la
imagen milagrosa*

DOÑA LUCILIA

6 *Belleza de la rectitud*

ARDOROSO DEVOTO DE LA EUCARISTÍA

8 *La virtud de la Pureza y
la vida Eucarística*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

19 *El Dios de las venganzas se está
aproximando y va vencer*

SANTORAL

22 *Santos de Mayo*

HAGIOGRAFÍA

24 *La figura más eminente de
la Edad Media*

DENUNCIA PROFÉTICA

28 *La mayor tentación de la Historia*

APÓSTOL DEL PULCHRUM

34 *El cono del Fuji Yama*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *El gancho de oro*



Frescor de alma en la espera

Durante una larga espera de algo que se desea mucho, a veces sucede que, primeramente, uno se lleva un susto porque el anhelo tarda en concretizarse. Pero después, el deseo aumenta y no solo vence al espanto, sino que el deseo se multiplica por el deseo, a punto de tornarse ardiente. Y si aún continúa la demora de lo esperado, la situación pasa todos los límites y se es asaltado por unas ganas *trans sonoras* que cantan permanentemente delante de Nuestra Señora, la súplica de los que enmudecieron de tanto desear.

En este caso están aquellos que desde hace muchas décadas esperan la realización de las promesas de Fátima.

Solo se encuentra un paralelo para esta situación: es el de los hombres que van a esperar la venida de Nuestro Señor Jesucristo al fin del mundo, de los cuales está dicho que, si esos días no fuesen abreviados, ni ellos perseverarían. Estos sufrirán tanto con la espera que, según algunos intérpretes de las Sagradas Escrituras, no morirán, tal será el tormento por el que pasen, y tal el deseo de Dios de glorificarlos por haber atravesado un sufrimiento equivalente a la muerte.

Pasamos por la prueba de la espera porque si supiésemos, de repente, que nuestro deseo sería realizado en tal fecha, exultaríamos y seríamos rejuvenecidos. Pero, Nuestra Señora no actúa así con nosotros.

Para que la espera reciba su premio, es necesario que sea perfecta. Y la espera perfecta no es apenas la que llega hasta el día de la realización de la promesa, sino aquella en la cual el alma arde más o menos como la zarza ardiente que avistó Moisés, en la cual el fuego quemaba sin consumir.

Es necesario que el alma sea quemada por el deseo de la venida de los acontecimientos y por el tormento de la espera, sin perder con eso nada de su verdor, de su indestructible juventud. Que espere con el frescor de alma del primer momento, de manera que las sucesivas desilusiones no destiñan el alma.

¿Cómo hacer para que la espera no nos destiña el alma? Ser incondicional con Dios en el modo de esperar.

Hay dos modos de colocarse delante de la eventual proximidad del cumplimiento de las promesas; uno es de quien dice: “Vendrá y no tolero la idea de que tarde”. En este caso, si no viene... el alma se destiña un tanto.

Otro es: “Vendrá y es probable que sea en breve, aunque no tengo la seguridad de que será así. De todas maneras, de parte de Dios, yo tolero todo, porque Él es mi Señor. Él y mi Madre celestial disponen de mi persona como quieran. Si dispusieren otro atraso, lo bendeciré y caminaré en paz en las sombras de la demora, seguro de estar haciendo la divina voluntad.”

De esta manera, el frescor del alma hasta se revigora por ser fruto de una obediencia incondicional.

Entretanto, si alguno teme no haber conservado ese frescor de alma, podrá dirigir a Dios esta oración:

“Dios mío, no acepté de vuestra parte el camino que pasaba por la obediencia total. Dejádme al menos aceptar la vía que pasa por el justo castigo. Adoro vuestra infinita perfección en cuanto habiéndome castigado, pues lo merecí. Pero vos me disteis por Abogada a la Madre de Misericordia. Suplico a Ella que tenga piedad de mí, que tonifique mi alma y la restaure.”

Así, nos podremos revitalizar, ya que, para los que tengan una semilla de esperanza, habrá siempre una enorme posibilidad de salvación.

Pidamos a Nuestra Señora que nos dé esa semilla de esperanza flexible e íntegra, que nunca se cansa ni se destiña; esa contrición perfecta que adora el castigo, la intransigencia y la repulsa de Dios, más recurre con confianza a la Madre de Misericordia.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Oración junto a la imagen milagrosa

Madre nuestra, ayudadnos misericordiosamente a tener siempre presente que, a lo largo de las mejillas de vuestras imágenes, corrieron lágrimas milagrosas. Compenetrad nuestras almas de la causa fundamental de la tristeza que demostrasteis, o sea, que el Mensaje de Fátima no fue tomado en consideración. La humanidad, enloquecida por la Revolución, acogió con menosprecio los pedidos, las promesas, las amenazas que entonces le comunicasteis; por eso lloráis. Es la señal de que la hora de los castigos está llegando.

Sin embargo, la indiferencia continúa completa en la inmensa mayoría de los hombres. Ella existe en parte – ¡oh dolor! – en aquellos a quienes llamasteis más especialmente para tomar conciencia de la gravedad inmensa de esa situación, y a prepararse para los días grandiosos que se aproximan.

No permitáis, Madre de misericordia, que ese estado perdure en nuestras almas. Enviad vuestros Ángeles para que expulsen todo y cualquier influencia diabólica que nos mantenga participantes en la indiferencia terrible con la cual el mundo de hoy considera vuestros mensajes dados en Fátima. Así sea.

(Extraído de oración compuesta en 1973)



Belleza de la rectitud

Doña Lucilia hacía que su hijo percibiese continuamente la belleza de la rectitud. De modo especial, ella lo manifestaba a través de la mirada. Y además de resaltar lo que existe de bello en la rectitud, ella le daba a conocer el reposo y la serenidad que el alma humana siente siendo recta. De esta manera ella alimentaba en su alma la inocencia, la suavidad, la tranquilidad y la paz.

Hay en el hombre concebido en el pecado original un aspecto por donde aparecen los efectos de ese pecado que lo inclinan al mal, y otro lado de la personalidad humana que corresponde frecuentemente a la gracia y tiene una tendencia al bien.

Paz de alma y lucha contra las malas tendencias

Así se forma dentro del hombre lo que los autores espirituales, en lengua-

je primoroso llaman “hombre nuevo” y “hombre viejo”. El “hombre viejo” es el que nació en su mera naturaleza, y el “hombre nuevo” es el que renació por el Bautismo. El hombre bautizado lucha contra el no bautizado, concebido en el pecado original. Ambos están en guerra continua. Entonces, cuando se habla de paz, es preciso considerar que en una persona concebida en el pecado original no hay paz entre esos “dos hombres”.

El “hombre nuevo”, o sea, el lado bueno del ser humano puede estar en

paz cuando la persona tiene su Fe firme, la conciencia tranquila porque cumple su deber, confía en la Providencia y por tanto sabe que, suceda lo que suceda, ella enfrenta los males. Es una paz interior que reina en la parte más noble, más excelente de su propia alma.

Esa paz de alma puede y debe ser inmensa y muy profunda; es la paz de los justos. Pero la condición de esa paz del justo es que se mantenga en guerra contra el “hombre viejo”, de lo contrario pierde la paz, porque hace concesiones al mal y comienzan los reveses.

Un ejemplo al alcance de todos es cuando una persona mantiene integralmente la pureza, evitando cualquier mala mirada o mal pensamiento. Esa persona encuentra en la pureza una gran fuente de paz, cuya condición de subsistencia es la guerra continua contra todas las tendencias para la impureza. Si no hubiere esa guerra continua, la persona no obtiene la paz profunda proporcionada por la pureza.

Otro ejemplo es la Fe. La persona tiene una Fe íntegra, y rechaza toda tentación, todo pensamiento contra la Fe. Ella descansa en la certeza, que es recta, íntegra, coherente, lógica. Evidentemente esa es una gran fuente de paz, pero supone la guerra contra todas las tendencias que en el hombre pueden llevarlo a dudar contra la Fe.

Serenidad proporcionada por la rectitud

Doña Lucilia me hacía percibir, continuamente, la belleza de la rectitud. De modo especial, ella lo manifestaba a través de la mirada, muy expresiva en ese sentido. Y además de resaltar lo que existe de bello en la rectitud, me daba a conocer el reposo y la serenidad que el alma humana siente siendo recta.

En el propio ejemplo de mamá, al analizar sus fotografías, se puede constatar esta verdad. Incluso en aquellas en que aparece preocupada, no se nota ninguna agitación de su parte. Por el contrario, la mirada continúa transmitiendo una disposición de espíritu completamente serena. La preocupación con calma representa, además, un gran equilibrio de alma. Todo hombre, en esta tierra de exilio, pasa por preocupaciones. Una cosa, sin embargo, es quedar preocupado; otra es dejarse tomar del nerviosismo, ansiedades, etc.; actitudes que mamá procuraba y conseguía apartar de su corazón.

Una manera peculiar de percibir la paz que había en el alma de mamá era observarla mientras dormía.

Con la intimidad de hijo, naturalmente, yo la vi innumerables veces en sus momentos de reposo. La veía también en la hora en que despertaba, sobre todo en mi tiempo de niño y adolescente, cuando me despedía de ella antes de ir al colegio: no hacía cumplidos, la despertaba y tenía con ella unos minutos de conversación. Después que crecí más, moderé un poco ese hábito. Pero en aquella época, luego de sacarla de su justo descanso, le preguntaba: “Mi bien, buen día. ¿Cómo estás?”

Y yo notaba que, en ella, el paso del reposo al estado de vigilia era sereno, y con la primera mirada ya abierta a la realidad que la rodeaba. Se tenía la impresión de que el sueño de ella era profundo, restaurador, reparador. A tal punto que yo la miraba y me venía este pensamiento: “¡Cómo debe ser agradable dormir su sueño!” Mamá, por otra parte, acostumbraba decir que el sueño era un inmenso beneficio que Dios concede a los hombres, porque suspende sobre estos los infortunios de la vida.

Entonces yo veía un alma a la cual no le eran ahorrados los sufrimientos, pero que sabía dormir en paz. Por tanto, muy distante de ser un alma agitada y nerviosa por causa de las preocupaciones, que siempre nos aguardan a lo largo de la existencia terrena.

Jamás compararse

Una de las cosas que más agita al hombre es la envidia, y ésta nace de las comparaciones. Por

eso, compararse a los otros es uno de los mayores errores que se pueda cometer. Comparándonos, comienza la envidia, el amor propio, la catarata de los vicios, en breve, la tentación de la impureza está golpeando las puertas. La tentación contra la pureza, muchísimas veces, es hija de esta comparación que agita a la persona.

Una cosa que yo nunca vi hacer a Doña Lucilia era compararse. Sólo hacía comparación en el siguiente sentido: cuando nos retaba a mi hermana o a mí, y había cerca un niño que estaba procediendo muy bien en aquel punto, mamá decía: “¡Vea a tal niño!” Pero en ese caso se trataba de una emulación a la virtud, y eso está muy bien. Fuera de eso, nunca hacer comparación con nadie.

Así ella alimentaba en mi alma la inocencia, la suavidad, la tranquilidad y la paz. ♦

(Extraído de conferencia de 13/06/1982)



Plinio y Rosée



La virtud de la Pureza y la vida Eucarística

Plaza "Tiradentes", en el centro de Curitiba, década de 1950

Con ocasión del Congreso Eucarístico de 1953 realizado en Curitiba y a pedido de un Obispo, el Dr. Plinio redactó el siguiente texto del discurso leído a una multitud de fieles por aquella autoridad eclesiástica.

La Divina Providencia enriqueció con magníficos dones materiales esta tierra de Paraná, cuyo centenario de erección como Provincia autónoma hoy se celebra, no tanto para que se tornase insigne por su prosperidad temporal, como para que, desarrollando con el auxilio de los bienes de la tierra los dones del espíritu, aumente en la virtud y en la Fe.

Así, es perfectamente comprensible que las conmemoraciones centenarias de Paraná tengan como punto culminante este Congreso al que acude todo Brasil, a fin de cantar, a los pies del Trono del Rey Eucarístico, el himno de acción de gracias, y elevar oraciones por la santificación y grandeza de esta tierra.

Entre los múltiples votos que en esta ocasión ciertamente brotan de estos millares de corazones a Jesús Sacramentado, creemos que ninguno será más justificado, ninguno recibido con mayor agrado que este: Sea la Divina Eucaristía el alimento de la pureza en la vida de la familia paranaense y brasileña.

El Romanticismo glorificó la espontaneidad y el sentimentalismo...

El romanticismo del siglo XIX nos legó una imagen profundamente falsificada de la verdadera vida de familia. Partiendo de la glorificación de la espontaneidad, el romanticismo nos se-

ñaló la vida de familia basada principalmente en el sentimiento. Era solamente el sentimiento del amor el único vínculo legítimo y eficaz que ligaba entre sí a los conyugues; era el sentimiento instintivo de la paternidad o de la maternidad, traducido en impulsos espontáneos y profundos, el elemento determinante, la fuerza verdadera del amor paterno o materno. Era incluso el sentimiento nacido de las energías latentes de la voz y de la sangre lo que unía los hermanos a los hermanos y dándoles fuerzas para cumplirlos, trazándoles los respectivos deberes. A la vista de estos presupuestos, la vida de familia se configuraba como un paraíso en miniatura donde todos los deberes se cumplían con agrado, con ínti-

ma comprensión, sin nubes, entre todos sus miembros.

Que hay aspectos de verdad en este cuadro nadie lo niega. Pero que, en su conjunto, discrepa de la realidad de los siglos XIX, XX y de cualquier época, tampoco nadie lo puede negar.

Es falaz la idea de que el mero sentimiento con sus fuerzas instintivas pueda servir de fundamento para la moral doméstica. La concepción romántica está basada en la negación del pecado original. Y supone en los instintos humanos una temperancia, una rectitud, una inocencia que no poseen. De ahí el hecho de que el romanticismo, inaugurando en la vida de la familia la Era del sentimentalismo, y procurando construirla al margen de toda idea de ascetismo, de mortificación y de sacrificio, precipitó de hecho en un abismo de desarréglos la institución fundamental de la sociedad humana.

En la historia de los errores, generalmente un extremo genera el otro extremo. El romanticismo se gastó debido a sus propios excesos, y dio lugar a un periodo de utilitarismo crudo y sin vueltas. En este período la familia se presenta como una institución basada sobre todo en el cálculo de las ventajas. Ventajas para los hijos, la protección de los padres. Ventajas para los hermanos, el recíproco apoyo en las dificultades de la existencia. Decimos ventajas en un sentido muy preciso de la palabra. Se trata de ventajas materiales de la mayor facilidad en la obtención de los medios de subsistencia y de fuente de ingresos. La familia en el orden natural, la más santa de las instituciones que Nuestro Señor Jesucristo elevó a una dignidad sin igual, fundamentándola en un Sacramento, cae desde esa altura para quedar al nivel de una sociedad de mutuo auxilio, estrictamente comercial.

Samuel Holanda



...y dio origen al utilitarismo socialista

El romanticismo era individualista. Y así como el individualismo generó en política, en sociología, en econo-

Es falsa la idea
de que el mero
sentimiento y sus
fuerzas instintivas
puedan servir
de pilar para la
moral doméstica.

mía, una reacción que llegó al exceso opuesto y mil veces peor -el socialismo- así también el romanticismo dio origen al utilitarismo socialista, pues no es sino materialismo socialista considerar la fa-

milia ante todo como una célula de producción económica.

Infelizmente para que esa concepción se arraigue todavía más, no ha faltado la cooperación de tantos de nuestros hombres públicos -escritores, periodistas, políticos, legisladores- que toman por punto de partida de toda su actuación o presupuesto, que la sociedad humana tiene como única razón de ser, proporcionar a los individuos satisfactorias condiciones de vida abundantes y accesibles.

Así se desliza insensiblemente la sociedad capitalista y burguesa al comunismo, hacia ese mismo comunismo contra el cual se arman, sin embargo, ejércitos, escuadrones de mar y de aire, y bombas de un poder mortífero sin precedentes.

El enemigo que ella quiere destruir -y que tiene el deber de destruir como condición para sobrevivir- ese mismo enemigo se insinúa por detrás de su línea de defensa con las impalpables armas de doctrinas falsas, y constituye de esta manera un peligro tal vez mucho más grave que una agresión repentina y brutal.

Para la Iglesia, la familia no se basa ni en el sentimiento ni en el cálculo utilitarista. La concepción católica ni es individualista, ni materialista o colectivista. Lo comprendemos mejor analizando aquí algunos aspectos prácticos de la vida familiar, relacionados con el tema que nos fue propuesto.

La familia debe basarse en la fidelidad de los conyugues y en la castidad de los hijos

Obispo de la Santa Iglesia, no tenemos el derecho de enseñar medias verdades. No podemos cerrar los ojos para la gravedad de los problemas concretos que la vida contemporánea



Archivo Revista



Pío XII durante la proclamación del dogma de la Asunción de María, 1950

Apetito de placer y aversión al esfuerzo, a la lucha y al dolor

Pero, ¿por qué el horror a la pureza?

La causa de esta lamentable disposición del espíritu moderno está en el pavor al sacrificio. El hombre, ávido de placer, huye de todo cuanto le traiga sufrimiento, le exija esfuerzo, le signifique seriedad, temperancia, renuncia, mortificación.

En último análisis, en cualquiera de las manifestaciones de la crisis

La inmoralidad
de los medios de
comunicación
e incluso de
algunas reuniones
familiares,
concorre para
hacer todavía más
difícil la práctica
de las virtudes.

suscita a todo momento, relacionados con la práctica de la religión.

Refiriéndose a la perseverancia en la pureza, dice el Santo Padre Pío XII que ella exige para los católicos de nuestros días una virtud vigorosa, una vigilancia continua y una fortaleza muchas veces heroica.

Por sí mismas, tanto la perfecta fidelidad de los conyugues -fidelidad que la Iglesia siempre enseñó debe ser recíproca y no apenas de la esposa- y la castidad perfecta que los jóvenes de ambos sexos deben mantener hasta el matrimonio, son virtudes difíciles de practicar. Sería superfluo decir cuánto la inmoralidad de la radio, del cine, de la prensa, de la televisión, de los teatros, de las revistas, de las novelas, de los bailes e incluso de algunas reuniones familiares, concurren muchas veces para hacer todavía más difícil la práctica de esas virtudes. Lamentablemente en la opinión pública, hace ya tantos decenios sistemáticamente corrompida por todos esos agentes, se debilitó relativamente la santa virtud y en la mayor parte de los ambientes los deslices en materia de pureza son vistos con tolerancia o simpatía, al mismo tiempo que la castidad es escarnecida, vilipendiada, despreciada. Así la sanción social sufrió casi una

inversión completa. Otrora, esta castigaba el mal e incentivaba el bien. Hoy ella aparta el bien y atrae al mal.

Se diría que la sociedad de hoy conspira contra la gran virtud de la pureza. Y debido a eso conspira contra la institución familiar, ya que la familia, para merecer ese nombre y realizar su característica humana que la distingue de las uniones impulsadas por el instinto, se debe basar en la fidelidad de los conyugues y en la castidad de los hijos. Así pues, todo lo que se haga contra la virtud de la pureza de las costumbres, es hecho contra la familia. Y como la familia es la *cellula mater* de la sociedad, verdad que se ha hecho monótona de tan repetida, pero cuyas consecuencias pocos tienen el coraje de afrontar, es el propio fundamento vital de la sociedad que entra en descomposición.

Aquí está a nuestro modo de ver, una de las raíces más profundas de la actual crisis. En un país formado por familias puras, el reflejo de esa integridad del hogar doméstico se irradiará con efectos benéficos en todos los campos de la vida. Corrompido por el vicio de la carne el santuario del hogar, no habrá un solo campo de la actividad humana que no sufra terriblemente las consecuencias de este hecho.

moderna se verifica, vibrante de excitación y de apetitos, esta sed inmoderada de gozo, esta repulsa incontrolable al sufrimiento.

He aquí una verdad que se puede demostrar. Pero está sin embargo en el rol de aquellas proposiciones incómodas que los espíritus buenos aceptan lealmente y los malos repelen apriorísticamente, de tal manera que si un ángel de Dios se las viniese a anunciar, no las aceptarían. Sin embargo, como nuestro deber es diagnosticar el mal para dar el remedio, insis-

timos sobre este punto, que manifestará mejor la necesidad de estimular a las familias a una vida según la integridad de la pureza con que Dios la quiso como un casto reflejo del amor divino.

Ahora bien, es de este apetito del placer, de esta aversión al esfuerzo, a la lucha, al dolor que brota como de una fuente pestilente, toda la crisis contemporánea. El conflicto entre el alma moderna y la Iglesia no tiene otro origen. La Iglesia enseña el deber. La humanidad solamente quiere oír hablar de derechos. Ahora bien, los derechos para ella, representa en el caso concreto, acceso li-

El hombre, ávido
de placer, huye
de todo cuanto le
traiga sufrimiento,
le exija esfuerzo,
signifique seriedad,
temperancia, renuncia,
mortificación.

bre a todas las ventajas y voluptuosidades. Y el deber le recuerda la necesidad de renuncia y sacrificio.

En el núcleo del tema que tratamos encontramos claramente este problema. Veamos en qué términos se pone:

La naturaleza humana, después del Pecado Original, tiene especial dificultad para practicar la virtud de la pureza. La integridad con que la gracia divina equilibraba las facultades humanas, sometiendo los instintos a la razón, aplacaba la lucha interior connatural a un ser que es mezcla de espíritu y materia. Pero tras la caída, el aguijón de la carne se hizo singu-

larmente vivaz y poderosamente eficiente para desviar al hombre del camino recto de la naturaleza racional.

Si en todos los tiempos -hoy *a fortiori*- la práctica de la pureza exige mucha disciplina interior, se condiciona a una vigilancia constante, a un asiduo análisis de consciencia como fruto de una voluntad firme y determinada a apartar todo cuanto, interna o externamente, ponga en riesgo próximo la virtud.

Inútil decir que el mero sentimentalismo no basta para mantener una resolución tan heroica. Los sentimientos son en gran parte fruto de disposiciones emocionales del momento.

Y la emoción es más inestable que la arena del mar. Es necesario tener convicciones, principios, ser coherente con esos principios para poseer una verdadera energía de alma, sin la cual no hay pureza auténtica.

Las devastaciones de la impureza se fueron extendiendo

Ahora bien, es aquí donde está el problema: ¿Cómo llevar al hombre a aceptar todos los sacrificios que la virtud exige? ¿La naturaleza humana será capaz por sí misma, de tanta fortaleza?

Enseñan los teólogos que nadie puede mantenerse por mucho tiempo establemente en la práctica integral de los Mandamientos sin la gracia divina. De por sí, esa afirmación se refiere a todos los Mandamientos en su conjunto. Entre tanto, de la virtud de la pureza en particular, se puede afirmar que, salvo rarísimas excepciones, nadie la puede conservar o recuperar sin la gracia de Dios. Podríamos incluso decir que son las dificultades del apetito sensual que hacen más especialmente difícil el cumplimiento de la Ley natural.

Lo prueba, además, la más palpable experiencia histórica. La pureza como la enseña la Iglesia nunca se dio entre los pueblos paganos, ni se conservó en naciones heréticas o cismáticas, como virtud social. En otras palabras, las leyes y las costumbres terminaron por tolerar o hasta incentivar la práctica de actos contrarios a la castidad perfecta de los solteros, o a la fidelidad inviolable entre los conyugues. Para no citar sino las naciones heréticas o cismáticas, baste pensar en el divorcio que todas ellas incluyeron en su legislación; en el celibato eclesiástico que rechazaron, en la





impureza que toleraron por lo menos entre los jóvenes de sexo masculino.

Nos duele decirlo, pero otra prueba de lo que estamos diciendo lo encontramos en las mismas naciones católicas. Cuando en ellas se entibia la fe, el laicismo invade al Estado, la enseñanza, la familia, la sociedad, y la pureza comienza inmediatamente a decaer.

A inicios del siglo XX la moral pública censuraba y castigaba con una especie de excomunión, excluyendo del convivio social a la esposa reconocidamente adúltera, y apartaba de los sanos ambientes familiares a la joven simplemente liviana. Sin embargo, por una lamentable incongruencia que traía en sí el estigma del laicismo que comenzaba a dominar, toleraba la impureza entre los jóvenes y hasta en hombres casados. A medida que la influencia del laicismo fue aumentando, las devastaciones de la impureza se fueron extendiendo. Hoy día el divorcio cuenta con numerosos partidarios, las costumbres se muestran cada vez más indulgentes con una esposa adúltera y una joven liviana. Algunos decenios más en este caminar y ¿dónde estaremos?

¿En qué país ocurre la transformación que aludimos? Con cuanto dolor lo decimos, con cuanto dolor lo debéis oír. Es en Brasil, ¡la mayor nación católica de la tierra!

La lucha interior de cada hombre entre la ley del espíritu y la de la carne

Estamos hablando a la vista de Dios y es necesario que nuestra sinceridad sea inmaculada ante Aquel cuya mirada ve los corazones y las entrañas. Acerca de los pecados públicos y notorios no sirve correr el velo de un optimismo convencional e insincero. Más vale la pena reparar los pecados que claman al Cielo, clamando igualmente a los cielos nuestra culpa y nuestra contrición, pues solamente así obtendremos las bendiciones de la Misericordia Divina.

En nuestra propia casa, con nuestro propio ejemplo tenemos la prueba histórica y social palpable de que realmente la pureza es superior a las fuerzas naturales de la inmensa mayoría de los hombres.

Ante la falencia de todos los recursos humanos, nos volvemos hacia Vos Señor Jesús. Todos los hombres de nuestros días, oprimidos por la lucha interior entre las dos leyes -la del espíritu y la de la carne- podrían y deberían exclamar ante Vos con santa audacia e invencible con-

El polo de la
piedad cristiana es
necesariamente la
Sagrada Eucaristía,
donde se encuentra la
divina sangre, como en
inefable, inagotable y
preciosísima reserva
de las misericordias
de Dios.

fianza: “¡Infeliz de mí! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor” (cf. Rom 7, 24-25).

Señor, ¿no nos distes las leyes para que cumpliéndolas nos salvásemos y consiguiésemos nuestro fin último? ¿No habéis instituido el sacratísimo Sacramento de la Eucaristía, para que tuviésemos en nosotros la fuerza sobrenatural necesaria para practicar Vuestras leyes, indiscutiblemente demasiado pesadas para las simples energías de nuestra naturaleza?

En esto está el triunfo de Vuestra misericordia. Vuestra bondad no consistió en dejarnos atrapados en esa flaqueza, dispensándonos del cumplimiento de arduas leyes para nuestra miseria. Quiso ir más allá, misteriosamente más allá, y para darnos la gloria y la ventura de vivir según vuestro beneplácito, tonificó nuestra nada agigantándonos con los dones de vuestra gracia.

En el centro de esta sociedad corrupta debemos clavar la cruz de Cristo

Advierte la Iglesia que el fiel, reconociendo humildemente su incapacidad, debe implorar en una oración ininterrumpida y confiada, los auxilios de la bondad divina indispensables para la práctica de los Mandamientos. Para quien reza con ardiente deseo e implora sinceramente la gracia con la intención de luchar por el cumplimiento de la ley Divina, Dios acude benignamente con su amable omnipotencia.

Por Jesucristo Nuestro Señor. He ahí el mediador cuya sangre habla mucho más alto que la del justo Abel, y nos alcanza del Cielo todos los beneficios que restauran la humanidad pecadora. He aquí que el polo de la piedad cristiana es necesariamente la sagrada Eucaristía, donde se encuentra la sangre divina como en inefable, inagotable y preciosa reserva de las misericordias de Dios. Si del santo sacrificio de la Misa se irradian todas las gracias, si en nuestros altares está realmente el Divino salvador tan presente como estuvo en los brazos de María Santísima en Belén, o en los brazos de la cruz en el Calvario, ¿cómo no volvemos hacia la Sagrada Eucaristía a fin de pedirle la gracia de las gracias, que es la perseverancia en la virtud?

Nos oyen en este momento muchos jóvenes levitas, apóstoles laicos de Paraná y de todo Brasil. Permitan ellos a





Luis Samuel

Crucifijo de la Catedral del Santísimo Salvador del mundo – Olinda, Brasil

un corazón de obispo una expansión: el secreto de nuestra victoria junto a las almas no consiste en ocultarles cómo es ardua la lucha por la pureza. Mucho menos aún en silenciar esta verdad evidente de que, en realidad, para la inmensa mayoría de las almas, la lu-

cha por la salvación eterna se identifica con la lucha por la pureza.

No atraeremos a las almas condescendiendo con modas y modos que son un estímulo constante al pecado. Muy en el centro de esta sociedad corrupta debemos clavar la Cruz de Cristo, así como le fue mostrada la ser-

piente de Moisés al pueblo errante en el desierto. Debemos enseñar que, fijando la mirada en la cruz, implorando humildemente la gracia, tendremos fuerza para vencer todo, en vez de capitular ante nuestra flaqueza y poner un manto de olvido y de respeto humano delante de aquello que es la única gloria, toda la fuerza de atracción de la Santa Iglesia: la Cruz sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo.

Eucaristía: fuente que alimenta y aumenta las energías del alma contra el pecado

Si conociésemos el don de Dios, si conociésemos toda la abundancia de fuerzas sobrenaturales que emanan de la Sagrada Eucaristía, sin duda nuestro apostolado ganaría en coraje, en valentía y en fecundidad. Pues el gran Apóstol, o, más bien, el único Apóstol y Salvador es Jesucristo, en la Sagrada Eucaristía. Aproximemos a Él todas las almas y ellas tendrán fuerzas para todo.

Para atraer el pueblo a la Sagrada Eucaristía, para despertar el hambre de este Pan supersubstantial, es necesario que le demos que el culto eucarístico no consiste apenas en la recitación sentimental de fórmulas de alabanzas y de acción de gracias. Es menester hacerle comprender que la Eucaristía es la fuente que alimenta continuamente y, aumenta sin cesar, las energías del alma contra el pecado, que es un medio indispensable para conservarnos en la gracia y en la amistad con Dios.

“Mi Carne es verdadera comida” (Jn 6, 55). La Eucaristía es verdaderamente comida. Tomemos en toda su extensión la palabra de Jesucristo.

La comida se destina a conservar y desarrollar la vida natural del cuerpo. Para eso, no basta ingerirla. Es menester toda una operación que realizan los órganos sabiamente dispuestos por la Providencia, que extraen lo necesario, lo vital de los alimentos, y lo transforman en la substancia propia del cuerpo que se nutre.



Archivo Revista



No es temerario, antes bien, es necesario insistir sobre esta comparación, cuando se trata de la Sagrada Eucaristía, atendidas, naturalmente, las diferencias que hay entre la vida material del cuerpo y la sobrenatural, espiritual, del alma. Así también, tengamos en cuenta la condición especial de este alimento que encierra al Autor de la vida, de manera que no se da la asimilación del alimento quien lo recibe, sino que es la persona que se nutre del Pan divino que es asimilada por Nuestro Señor.

La Comunión, por tanto, es condición indispensable de cualquier vida eucarística, pues sin la recepción del Sacramento falta el elemento esencial que irá a desarrollar en la persona la unión con Jesucristo.

Debemos tener una vida de mortificación y renuncia, a semejanza del Salvador

No basta, empero, el simple acto de recepción del Sacramento. Ya en su tiempo, lo advertía San Pablo: *multi infirmes, imbecilles multi*¹ eran los que se nutrían del Pan de los fuertes y de los sabios. ¿Por qué? Porque faltaba la asimilación. *Imbecilles, infirmes*, pues cifraban su vida eucarística en la simple recepción del Sacramento.

Su unión con Cristo no iba más allá de los minutos de la divina presencia en su corazón, después de la Sagrada Comunión. El esfuerzo para asimilarse a Cristo faltaba, y por eso el Sacramento se hacía ineficaz.

En la Comunión, pues, el Autor de la vida nos da la gracia, la elevación del alma y de sus potencias. Pide, sin embargo, la cooperación del hombre. Elevado por la gracia sacramental, debe el fiel empeñarse en la imitación de Jesucristo, en la asimilación siempre más perfecta del divino modelo, en el cumplimiento en su cuerpo de lo que falta a la Pasión de Cristo, en el esfuerzo por llegar a la plenitud de la edad de Cristo.

En esta acción conjunta de la gracia y de la ascética, el alma que coopera con Jesucristo, realiza propiamente la vida eucarística, fuente de vida sobrenatural, causa de la elevación del hombre, de la familia y de la sociedad, y vino que engendra vírgenes, en una Iglesia pujante de vida, de gracia y de caridad para gloria y salvación de las almas.

Nos agrada traer aquí la luminosa enseñanza del Soberano Pontífice gloriosamente reinante, Pío XII, en la Encíclica "*Mediator Dei*", cuando trata de nuestra participación en el Sacrificio Eucarístico. Su Santidad es constante en recomendar, como siendo necesaria

para una participación vital y eficaz, nuestra identificación con la Víctima divina, mediante una vida de mortificación y renuncia, a semejanza de aquella que llevó el bendito Salvador:

“Pero, para que la oblación alcance su pleno efecto, en el sacrificio en que los fieles ofrecen al Padre celestial la víctima divina, conviene añadir otra cosa: es preciso que se inmolen a sí mismos como hostias.

Y casi del mismo modo, en los sagrados libros de la liturgia, se advierte a los cristianos que se acerquen al altar para participar en el santo sacrificio: ‘Ofrézcase en este... altar el culto de la inocencia, inmólese la soberbia, sacrífiquese la ira, mortifíquese la lujuria y to-

La Eucaristía es la fuente que alimenta continuamente y aumenta sin cesar las energías del alma contra el pecado, es un medio indispensable para conservarnos en la gracia y en la amistad con Dios

da lascivia, ofrézcase en vez de incienso el sacrificio de la castidad, y en vez de pichones el sacrificio de la inocencia’. Sí, pues, mientras estamos junto al altar hemos de transformar nuestra alma de manera que se extinga totalmente

en ella todo lo que es pecado, e intensamente se fomente y robustezca cuanto engendra la vida eterna por medio de Jesucristo, de modo que nos hagamos, junto con la Hostia inmaculada, víctima aceptable al Eterno Padre.”

Debemos
transformar nuestra
alma de manera
que se extinga
totalmente en ella
todo lo que es
pecado... de modo
que nos hagamos,
junto con la Hostia
inmaculada,
víctima aceptable
al Eterno Padre.

La vida eucarística y la práctica de la santa virtud de la pureza son recíprocas

Poco antes, el Pontífice adoctrinaba: “Conviene, pues, que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la participación en el sacrificio eucarístico; y eso, no con un espíritu pasivo y negligente, discurriendo y divagando por otras cosas, sino de un modo tan intenso y tan activo, que estrechísimamente se unan con el Sumo Sacerdote, según aquello del Apóstol: ‘Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo’ (*Filp 2, 5*), y ofrezcan aquel sacrifi-

cio juntamente con Él y por Él, y con Él se ofrezcan también a sí mismos.

Jesucristo, en verdad, es sacerdote, pero sacerdote para nosotros, no para sí, al ofrecer al Eterno Padre los deseos y sentimientos religiosos en nombre de todo el género humano; igualmente, Él es víctima, pero para nosotros, al ofrecerse a sí mismo en vez del hombre sujeto a la culpa.

Pues bien, aquello del Apóstol, ‘Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo’, exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el divino Redentor cuando se ofrecía en sacrificio, es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad de Dios la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias. Exige, además, que de alguna manera adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio, entregándose voluntaria y gustosamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno de sus propios pecados. Exige, finalmente, que nos ofrezcamos a la muerte mística en la cruz juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como San Pablo: ‘Estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo’ (*Gal 2, 19*).”

Quisimos citar más largamente al Sumo Pontífice, para

que quedase claro que, según la doctrina de la Iglesia, una vida eucarística solo es real cuando envuelve una continua mortificación de los sentidos. Quedando así igualmente demostrado que la vida eucarística y la práctica de la santa virtud de la pureza son recíprocas.

María Santísima nos proporcionará la perfecta vida eucarística

Una palabra todavía, indispensable en cualquier piedad bien enten-



Gabriel K.



ARDOROSO DEVOTO DE LA EUCARISTÍA

Flávio Lourenço



Virgen de la Esperanza – Catedral de León, España

didada y, pues, principalmente tratándose de la piedad eucarística.

Jamás podemos olvidar el primer e inefable sagrario que en la Tierra acogió al Salvador del mundo: el seno virginal de la Virgen María. Fue en ese sagrario que Jesús se formó Hombre y Salvador, fue en esa primera comunión de naturaleza entre el Verbo Encarnado y María Santísima que se operó la primera y perfecta vida eucarística, pues tuvo como consecuencia la más perfecta asimilación entre la criatura y el Creador, hecho Carne para nuestra salvación.

...fue en esa
primera comunión
de naturaleza
entre el Verbo
Encarnado y María
Santísima que se
operó la primera
y perfecta vida
eucarística...

María es un Divino modelo de todos los fieles, sobre todo, el camino indispensable para llegar a Jesucristo, es decir, para asimilarnos a Jesucristo. En otras palabras, es recogiéndonos en ese sagrario vivo, que es el seno místico de la Virgen Santísima, que conseguiremos la transformación necesaria de nuestras vidas en la vida del Salvador, de nuestros sufrimientos en los sacrificios del Divino Redentor, que obtendremos la unión perfecta de nuestras voluntades con la santísima voluntad divina. Es María quien nos proporcionará la perfecta vida euca-

rística, haciéndonos víctimas de oblación pura, dignas de Hostias inmaculadas, que desde la aurora hasta el ocaso glorifican incesantemente a Dios en el universo entero.

Una vida eucarística así concebida forma necesariamente a un pueblo casto. Y de un pueblo casto necesariamente nace la verdadera vida de familia.

Un ambiente de dignidad, seriedad, compostura, mutuo respeto y abnegación sin límites es la condición de vida de la familia cristiana

En efecto, se afirma muchas veces la importancia de la familia en la formación del individuo. No se insiste suficientemente sobre la importancia de la formación del individuo para la sana constitución de la familia.

Si un joven aprendió a refrenar sus instintos, a establecer una verdadera disciplina en sus pensamientos y miradas, si formó su espíritu lejos de los ambientes livianos, egoístas y todos vueltos hacia los deleites, que son los ambientes en los cuales la castidad se pierde, llevará al matrimonio todos los predicados del verdadero jefe de familia. La Eucaristía habrá sido el alimento de la castidad de ese joven. Ella será el secreto de su fortaleza en la ardua misión de sustentáculo de la familia.

Si una joven cultivó la pureza de alma y de cuerpo, evitando los bailes, las novelas, las amigas cuya frecuencia la podrían inducir a la frivolidad, al deseo inmoderado de placer, no solo del placer fútil, sino más aún de la búsqueda desenfrenada de sensaciones, emociones y afectos románticos, habrá atesorado en su corazón todas las riquezas de delicadeza y ternura del corazón materno. Si ella se habituó a cumplir sus deberes con ánimo fuerte y se-



riedad de espíritu; si ella adquirió, en la renuncia a las futilidades y a la condescendencia de una mal guardada pureza, el espíritu ascético de la mujer fuerte del Eclesiástico, será la esposa modelar, amparo de su esposo en las horas difíciles, guía firme y constante de sus hijos en los momentos de lucha y de crisis. En una palabra, será la cristiana perfecta, capaz de iluminar el hogar en los momentos de bonanza, pero, sobre todo, de amparar la familia en las tempestades tan frecuentes en la agitada vida moderna.

Si el hijo o la hija tienen una pureza sobrenatural, hecha de piedad, de ascesis, de profunda y auténtica mortificación, sabrán olvidarse de sí mismos, comprender y admirar a sus padres, amar y obedecer la Ley, apreciar el ambiente de dignidad, seriedad, compostura, mutuo respeto y abnegación sin límites que es la condición de vida de la familia cristiana.

Así constituida, con sus raíces alimentadas por la Sangre infinitamen-

te preciosa de Nuestro Señor Jesucristo, la familia podrá extender su frondosidad, siempre rica en flores y en frutos, en cualquier latitud, en cualquier clima, bajo el sol ardiente y abrasador de la atmósfera neopagana de los países burgueses, o en el vendaval diabólico de las regiones en que la persecución comunista ya está desencadenada.

Siendo Jesucristo el alimento de la vida de familia, siendo verdadera y plenamente eucarística la pureza de todos los que habitan el hogar, este es literalmente indestructible, pues, en la persecución incruenta del neo paganismo, fructificará en ejemplos y crecerá en méritos.

En la persecución cruenta del comunismo, podrá la familia ser se-gada, no empero destruida. Irá a habitar en la mansión celestial, dejando en la Tierra el germen de nuevas generaciones cristianas. La sangre de los mártires es semilla de cristianos.

He aquí rápidamente algunas consideraciones que nos persuaden de la indispensable vida eucarística, en su sentido pleno, para que se conserve la pureza de nuestros hogares. Vale la pena decir, para que florezca la vida cristiana.

Votos y propósitos de orden práctico

Nos parece, no obstante, que nuestra obra estaría incompleta si no colocásemos aquí, a título de conclusiones, lo que sugerimos como votos y propósitos de orden práctico:

1 – No habrá solución para los problemas del mundo contemporáneo, a no ser que se reconozca la pureza como elemento esencial de la honra, tanto masculina como femenina, y que ella no debe ser apenas una virtud de los individuos, sino un hábito social, impregnando la vida



ARDOROSO DEVOTO DE LA EUCARISTÍA

de la familia, las costumbres públicas, la difusión del pensamiento escrito u oral, y la legislación.

2 – Esa virtud social solo es posible mediante una vida eucarística intensa, que consta no solo de actos de piedad, sino, sobre todo, del esfuerzo ascético para asimilar la vida de Jesucristo, víctima de nuestros pecados.

3 – Evítense cuidadosamente en los medios católicos una falsa pureza de molde naturalista, en la que el hombre cuenta con sus propias fuerzas, y en que el principal motivo de la virtud se cosecha en la energía de la voluntad, y no en razones y medios de orden sobrenatural.

...siendo verdadera
y plenamente
eucarística la pureza
de todos los que
habitan el hogar,
este es literalmente
indestructible...

4 – No se procure ocultar lo que la práctica de la pureza tiene de arduo, mediante concesiones a las costumbres neopaganas modernas.

5 – Increméntese en las familias y asociaciones católicas el aprecio por la castidad perfecta, por la veneración del celibato eclesiástico, del estado religioso, de la virginidad en el siglo, así como de la fidelidad conyugal de la esposa como del esposo.

6 – Como el amor a la pureza no existe sin la detestación de la impureza, encarézcase el mérito y la oportunidad de una actitud intransigente frente al desorden de las costumbres, cerrando el hogar a los matrimonios constituidos al margen de las leyes de



Luis Samuel

la Iglesia, a la televisión, libros, revistas y periódicos inmorales, y velando por la pureza y la elevación de las conversaciones, especialmente en familia.

7 – No sea la preparación para el matrimonio plagada de romanticismo, cientificismo o utilitarismo: sino que ella sea hecha en una atmósfera creada por la visión sobrenatural de la vida, en la cual se exalte el espíritu de sacrificio y la fortaleza que los deberes del estado conyugal exigen.

8 – Elimínese también del noviazgo el romanticismo sentimental y todo cuanto pueda favorecer la sensualidad.

9 – Incúlquese que la pureza y la piedad eucarística solo se alcanzan

por medio de una ardiente y filial devoción a María Santísima.

Creemos que de esta manera tendremos preparada la familia para convertirse en un sagrario eucarístico en el cual mutuamente crezca la pureza por la vida eucarística, y el fervor eucarístico por la pureza de las costumbres. ❖

*(Extraído de un discurso de
27/11/1953)*

1) Cfr. 1 Cor 11, 30: “Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles”



El Dios de las venganzas se está aproximando y va vencer

No podemos imaginar que los castigos previstos por Nuestra Señora en Fátima están por realizarse, porque ya comenzaron a cumplirse. Lo que está ocurriendo con la Iglesia es, según todas las evidencias, un castigo. La Iglesia es el centro del género humano, la entidad que la Santísima Virgen más ama en la Tierra. Si el castigo comenzó en la parte más noble, que es la Iglesia, ¿no existen mil razones para temer ese castigo en la parte inferior, o sea, en la sociedad civil, si persiste en el mal?

Debemos hacer un comentario sobre Nuestra Señora de Fátima, tema que hemos tratado tantas veces y que, sin embargo, es necesario conmemorar hoy con una especial solemnidad.

De 1917 para acá, el mundo decayó aparatosamente

De los múltiples aspectos que el acontecimiento de Fátima despierta,

creo que hay uno que viene más a propósito resaltar en el presente comentario. Ante todo, debemos considerar que en este acontecimiento – que está revestido de un carácter profético –, como un rasgo destacado en medio tantos de aspectos, el hecho de que Nuestra Señora haya prometido al mundo misericordia si hubiera enmienda de vida y fuera hecha la consagración pedida por Ella; al mismo tiempo, amenazando con castigos caso el mundo no se



Profeta Habacuc
Congonhas do Campo,
Minas Gerais, Brasil

corrigiese y no se realizase dicha consagración. Este esquema, que es la esencia de las revelaciones de Fátima, es también la sustancia de varias profecías del Antiguo Testamento.

En relación al pueblo judío y sus enemigos, varios profetas se levantaron usando exactamente el mismo lenguaje y presentando esta misma alternativa: bendición y alabanzas caso se enmienden, castigo si no se convierten.



Archivo Revista

El castigo ya comenzó con lo que está pasando con la Iglesia...

Cuando reflexionamos que nos encontramos en la pista del castigo, no podemos dejar de creer que esa gigantesca crisis que se desarrolla en la Iglesia está en la línea de ese castigo. Porque, cuando consideramos una entidad como la Iglesia, que está siendo castigada –pues lo que está pasando con la Iglesia es, según todas las evidencias, un castigo–, y vemos que la Santísima Virgen prometió un castigo al mundo, del que esta entidad es el eje –alcanzando al eje, el castigo alcanza toda la circunferencia–, por tanto, esa crisis que se labra dentro de la Iglesia está comprendida, implícita o explícitamente, en los castigos profetizados en Fátima.

Ahora, podríamos preguntar si esta situación dentro de la Iglesia no fue realmente preanunciada en Fátima.

Si Nuestra Señora hubiera preanunciado en Fátima el castigo de la Iglesia, con seguridad que eso habría sido mantenido en secreto. Ahora, hay un secreto que aún se mantiene, lo que lleva a creer que este es un aspecto del secreto. La Santísima Virgen debió decir cosas muy duras a respecto del futuro de la Iglesia y del clero. Y porque no se dio importancia a esto, sucedió naturalmente lo que Ella prometió.

...y vendrá también el castigo para el mundo

Entonces, frente a esto no podemos apenas pensar que los castigos predichos por Nuestra Señora en Fátima están por realizarse, más bien debemos creer que ya comenzaron a cumplirse. O sea, es un régimen de

castigos, un proceso punitivo que ya se desencadenó. Y una vez desencadenado, es mucho más lógico admitir que llegará hasta el fin de que pare.

La Iglesia es el centro del género humano, una sociedad espiritual, es lo más elevado que hay entre los hombres; y toda la Historia gira en torno a Ella. La Iglesia es lo que Nuestra Señora más ama en la Tierra. La salud de la Iglesia es la condición para la sanidad de todas las cosas morales y espirituales en esta Tierra.

Destaco estos dos aspectos: lo que la Santísima Virgen más ama en la Tierra es la Iglesia, primer aspecto. Segundo: la salud de la Iglesia es una condición para la salubridad de todas las cosas de la Tierra.

Ahora, si considero el primer aspecto, veo que Nuestra Señora castigó lo que más ama. ¿Será que Ella perdonará todo el resto, que tampoco se está enmendando? Si el castigo comenzó en la parte más noble, la que menos debería temer, que es la Iglesia, ¿no tenemos mil razones para temer ese castigo para la parte más vil, si ésta continúa perseverando en el mal?

Entonces, el castigo para la Iglesia nos hace ver que sería de extrañar que no viniera el castigo para el mundo.

El segundo aspecto de la cuestión es la salud de la Iglesia, como condición para la sanidad de todo. Ahora, la Iglesia está insalubre como nunca en la Historia. ¿Es posible que el mundo no se contamine con esa insalubridad?

Por tanto, necesitamos ver ya en curso todos los castigos profetizados por Nuestra Señora. Esto nos debe llevar a preparar nuestras almas para creer en el mensaje de Fátima.

Un proceso punitivo que está llegando a su paroxismo

Yo repito esquemáticamente el raciocinio.

Primer punto: el mensaje de Fátima es una profecía. No es una profecía oficial, como fue la de los profe-

Ya la amenaza es un acto de misericordia, porque Nuestra Señora advierte por bondad, para no castigar. Como una madre que, no queriendo castigar al hijo, le dice: “No haga tal cosa, porque si la hace, yo me veré obligada a castigarlo.” Como quien afirma: “Amenaza, no porque esté con deseos de castigarlo; sino porque tal es su situación que, si continúa a pesar de mi misericordia, me veré obligada a castigarlo.”

Varias profecías son así, y Nuestra Señora hizo típicamente en Fátima una profecía, según ese esquema.

Pasaron, de 1917 hasta acá, cincuenta y dos años. A lo largo de ese tiempo, todo lo que afligía a Nuestra Señora en Fátima, y de lo que Ella se quejó sobre el comportamiento del mundo contemporáneo, no sólo no mejoró, sino que empeoró aparatosamente.

tas del Antiguo Testamento, del Apocalipsis, pero es una profecía auténtica con todas las características de una profecía: una denuncia de un estado enormemente censurable, una invitación amorosa a abandonar ese estado, una amenaza y, más que esto, la previsión de un castigo caso ese estado de cosas no se abandone.

Segundo punto: esa profecía, en lo que hay de público, no habla de un castigo para la Iglesia, o por lo menos no trata de un modo expreso, destacado, de un castigo para la Iglesia, pero sí habla de un castigo para el género humano. Dice a cierta altura que el Papa va a tener mucho que sufrir, pero no dice directamente que los sufrimientos del Papa son por causa de los pecados de la Iglesia.

Pero la profecía tiene un aspecto secreto, un secreto. Ahora, vemos que la Iglesia fue y está siendo duramente castigada. ¿Nuestra Señora no habrá hablado de ese castigo para la Iglesia? Naturalmente que sí. Pues quien habla de castigo para el mundo, es normal que hable de lo peor de ese castigo que es el castigo para la Iglesia. Luego es sumamente probable, todo lleva a creer que el castigo para la Iglesia sea uno de los elementos de la profecía de Fátima.

Si esto es verdad, la profecía de Fátima no está por cumplirse, más bien ya comenzó a realizarse. Siendo así, nos debemos preguntar si hay razones para esperar que ese proceso punitivo se detenga.

Entonces, la respuesta es: si ese proceso está llegando, casi se diría, a su término, a su paroxismo en relación a la parte más amada y más noble, ¿por qué no llegará también a su paroxismo en relación a la parte menos noble y menos amada, que es la sociedad civil? Extraordinariamente amada, pero menos que la Iglesia. Además, la sociedad civil no se enmendó. Ella permanece en el pecado.

Después, cuando la Iglesia está insalubre, el mundo se torna malsano. Y esta insalubridad del orbe llega a tal punto que debe traer una convulsión suprema para el mundo. Por tanto, debemos decir que comenzó ya en la Iglesia y, por esa causa, está dispuesto todo para concluir que es inevitable que alcance a la sociedad civil. Entonces, no es apenas decir que el castigo ya comenzó, sino que comenzó en su raíz. Y quien golpea la raíz, golpea todo el árbol. Es así que nosotros debemos ver la profecía de Fátima.

Alegría, porque al fin de cuentas el Reino de María va llegar

Alguien podría decir: “Dr. Plinio, lo que yo no entiendo es lo siguiente. El día de Nuestra Señora de Fátima es el día de Nuestra Madre, día de ternura, de afecto. En vez de tratar de la ternura y del afecto de María, usted nos muestra a Nuestra Señora haciendo un análisis seco de sus profecías, para concluir con algo que nos atormenta, que nos estremece. ¿Esta es la fiesta de una Madre?”

Yo afirmo lo siguiente: ¿Cuál es el modo de festejar a un profeta, si no es por un acto de fe en su profecía? Fue por amor que la Santísima Virgen reveló todo eso. Ella nos da la posibilidad de admirar los altos designios de Dios, de contemplarlo como Regidor de toda la Historia, como Autor de todos los movimientos que se producen en la Historia, inclusive cuando Él permite el mal, para de ahí sacar para sí su mayor gloria. Hay, por tanto, mil razones que no caben en una conferencia, para encantarnos con eso y adorar a Dios.

Pero, una vez que Nuestra Señora habló, no hay mejor acto de reconocimiento a sus palabras amorosas que tratar de entender esas palabras y tomarlas en serio. Y por eso una

conmemoración sería del día de Fátima es hacer un análisis circunspeto de su profecía.

Ojalá que, en el alma de cada uno de nosotros, la Santísima Virgen dé las gracias para que eso fructifique con aquella especie de alegría, de entusiasmo, de desprendimiento que da la certeza de la realización de la profecía. Porque hay una gracia propia para esa realización por donde ella no atormenta, no asusta, ni siquiera es recibida con una fría indiferencia, sino que llena de alegría. Es una forma de celo por la Ley y por la gloria de Dios, por donde se tiene un alivio al ver que, al fin de cuentas, el Dios de las venganzas se está aproximando y va a vencer, y que el Reino de María va llegar. Es la única forma de alegría que llena el alma del contrarrevolucionario que se abnegó completamente.

Esa alegría es la que yo le deseo a todos en esta fecha. Vamos a rezar las letanías del Inmaculado Corazón de María, una vez que Nuestra Señora, en una de sus apariciones, se manifestó mostrando su Corazón, circundado de espinas. ❖

(Extraído de conferencia de 13/5/1969)

SANTORAL



1. San José Obrero.

Beato Clemente Septyckyj, presbítero y mártir († 1951). Ucraniano, superior del monasterio Estudita de Univ. Fue condenado en 1947 por el régimen soviético a trabajos forzados.

2. San Atanasio, obispo y doctor de la Iglesia († 373).

3. IV Domingo de Pascua.

San Felipe y Santiago Menor, Apóstoles.

Beata María Leonia (Elodia) Paradis, virgen († 1912). Fundadora de la Congregación de las Pequeñas Hermanas de la Sagrada Familia, dedicadas al servicio doméstico de los sacerdotes. Falleció en Sherbrooke, Quebec, Canadá.

4. Beato Juan Martín Moye, presbítero († 1793). Perteneció a la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. Fundó varias congregaciones, incluyendo una de ellas en Sichuan, China. En 1783 regresó a Francia, fue obligado a refugiarse en Tréveris, Alemania, donde finalmente falleció.

5. Beata Catalina Citadini, virgen († 1857). Huérfana desde la más tierna edad, siempre se dedicó a la educación cristiana de los niños. Fundó el Instituto de las Hermanas Ursulinas de Somasca, en Italia.

6. Beata Ana Rosa Gattorno, religiosa († 1900). Después de quedarse viuda, fundó en Piacenza, Italia, la Congregación de las Hijas de Santa Ana, Madre de María Inmaculada.

7. Beata Gisela, abadesa († 1060). Hija del Duque de Baviera, se casó con el Rey de Hungría, San Esteban. Fue la primera y mayor colaboradora en la conversión de ese país al catolicismo. Tuvieron varios hijos, uno de ellos fue San Américo. Se retiró al final de su vida a un monasterio cerca de Passau, Alemania

8. Beato Luis Rabatá, presbítero († 1940). Nació en Sicilia, Italia. Fue fidelísimo a la observancia de la Regla de la Orden Carmelita y en el amor a los enemigos.

9. San José Dô Quang Hiên, presbítero y mártir († 1840). Dominicano que por causa de su Fe fue encerrado en una prisión en Vietnam, donde se dedicó incansablemente a convertir a los paganos y a confortar a los cristianos hasta ser decapitado por orden del emperador.

10. V Domingo de Pascua.

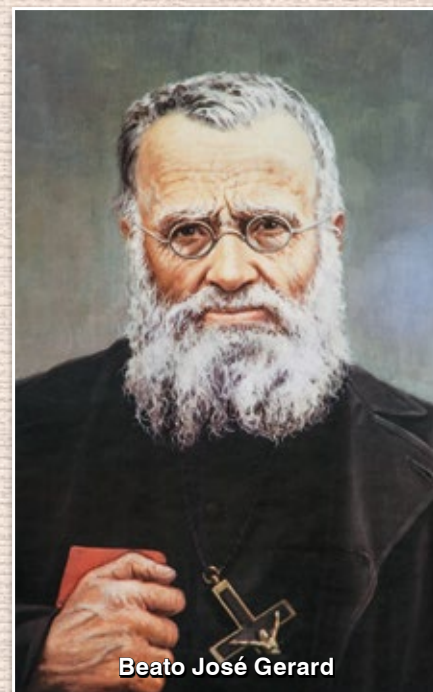
Beato Iván Merz, laico († 1928). Nacido en la actual Bosnia Herzegovina y fallecido en Zagreb, en Croacia, se dedicó al estudio de las letras y la enseñanza. Dio a los jóvenes un ejemplo de

maestro fiel a Dios y de laico creyente entregado al bien de la sociedad.

11. San Mayolo de Cluny, abad († 994). Durante sus cuarenta años como abad de Cluny, Francia, renovó numerosos monasterios en Francia e Italia.

12. Beata Juana de Portugal, virgen († 1490). Hija del rey Alfonso V de Portugal, renunció al matrimonio, y prefirió servir en la Orden de los Predicadores, por lo cual ingresó al monasterio de Aveiro.

13. Nuestra Señora de Fátima. Ver página 19.



14. San Matías, Apóstol. Ver página 2.

15. San Isidro, laico († 1130). Labrador en Madrid, España. Junto con su esposa Santa María de la Cabeza, llevó una ardua vida de trabajo, tornándose modelo de honrado y piadoso agricultor cristiano.

16. San Andrés Bobola, presbítero y mártir († 1657). Jesuita del Sur



Santa Mariana de Jesús Paredes

de Polonia. Trabajó con ahínco para la conversión de los greco-cismáticos a la Iglesia Católica. Fue martirizado por los soldados cosacos cerca de Pinsk, hoy Bielorrusia.

17. VI Domingo de Pascua.

Beata Julia Salzano, virgen († 1929). Fundó la Congregación de las Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón para enseñar la Doctrina Cristiana y difundir la devoción a la Eucaristía.

18. San Erico IX, mártir († 1161). Rei de Suecia, gobernó sabiamente su pueblo y envió para evangelizar Finlandia al Obispo San Enrique. Fue muerto por sus enemigos daneses mientras asistía a Misa.

19. Santa María Bernarda (Verena) Bütler, virgen († 1924). Nació en Suiza y falleció en Colombia, en la ciudad de Cartagena. Fundó la Congregación de las Hermanas Misioneras Franciscanas de María Auxiliadora.

20. San Bernardino de Siena, presbítero († 1444).

21. San Hemming, obispo († 1366). Prelado de la Actual Turku (antigua Abo), en Finlandia. Inflamado por el celo pastoral, instauró la disciplina

en aquella Diócesis, favoreció los estudios de los clérigos y embelleció el culto divino.

22. Beatos Pedro de la Asunción y Juan Bautista Machado, presbíteros y mártires († 1617). Fueron degollados en la ciudad japonesa de Kori, por cumplir su ministerio de forma clandestina.

23. San Miguel, obispo († 826). Falleció en Sinada, Frigia, actualmente Cifitkasaba, Turquía. Favoreció la paz y la concordia entre griegos y latinos.

24. Ascensión del Señor.

Nuestra Señora Auxiliadora de los cristianos.

San Simeón Estilita, el Joven, presbítero y anacoreta († 592). Vivió sobre una columna en íntima relación con Cristo. Compuso varios tratados sobre temas ascéticos.

25. San Gregorio VII, Papa († 1085).
Ver página 24.

San Dionisio Sseguggwawo, mártir († 1886). A los diecisiete años fue muerto por el rey Mwangi, en Uganda, tras pasarlo con una lanza después de haber declarado que enseñó los ru-

dimentos de la Fe Cristiana a dos personas de la Corte.

26. Santa Mariana de Jesús Paredes, virgen († 1645). Consagró su vida a Nuestro Señor en la Orden Tercera de San Francisco, en Quito, Ecuador, ayudando a los pobres, indígenas y afrodescendientes.

27. San Agustín de Canterbury, obispo († 604/605).

28. Santa Helicónides, mártir († III). Después de muchos tormentos fue decapitada en Corinto, actual Túnez, en el tiempo del emperador Justino.

29. Beato José Gerard, presbítero († 1914). Oblato de María Inmaculada, anunció el Evangelio, primero en la provincia de Natal, Sudáfrica y después entre el pueblo de los Basutos, en Lesoto.

30. Santa Juana de Arco, virgen († 1431). Conocida como la Doncella de Orleans, luchó valientemente por su patria hasta que, víctima de la traición y de un juicio injusto, fue condenada al suplicio de la hoguera por el Tribunal de la Inquisición.

31. Pentecostés



Beata Gisela con su hijo, San Américo de Hungría



La figura más eminente de la Edad Media

El Dr. Plinio tenía gran devoción a San Gregorio VII, porque poseía, más que cualquier otro bienaventurado por él conocido, una virtud que lo entusiasmaba hasta el último punto y hacia la cual dirigía todas las fibras de su alma: la combatividad inquebrantable. Ese Papa tenía la integridad de alma por donde el hombre camina en dirección a todos los esfuerzos, a todos los riesgos, a todos los sinsabores, con el deseo de hacer vencer la Causa de la Santa Iglesia.



Papa San Gregorio VII recibe a la
Condesa Matilde – Museos Vaticanos

Tenemos para comentar un trecho de la carta escrita por San Gregorio VII a la Condesa Matilde, el año 1074.

Un Papa que atacaba los vicios y los desórdenes de los más poderosos

Entre las armas que, con el auxilio de Dios, os proporciono contra las insidias del mundo, recordaos que las principales son: recibir frecuentemente el Cuerpo del Señor y tener una confianza segura y completa en su Santa madre.

He aquí lo que dice San Ambrosio en el libro cuarto “De los Sacramentos”: ‘Si nosotros anunciamos la muerte del Señor, anunciamos la remisión de los pecados. Si cada vez que la Sangre del Señor es derramada, lo es por la remisión de los pecados, debo recibirlo siempre para que mis pecados sean siempre perdonados. Pecando siempre, debo tomar siempre el remedio’.

En el libro quinto “De los Sacramentos”, el mismo santo agrega: ‘Si es un pan cotidiano, ¿por qué lo recibís una vez al año, como los griegos acostumbra hacer en Oriente? Recibidlo diariamente, a fin de que cada día os sea provechoso, vivid de tal manera que podáis merecer el recibirlo todos los días.’ [...]

Quise, hija muy amada de San Pedro, escribiros estas cosas a fin de aumentar vuestra fe y vuestra confianza en la recepción del Cuerpo del Señor, pues tal es el tesoro y tales son los presentes, no de oro, ni de piedras preciosas, que, por el amor de vuestro Padre, el Soberano de los Cielos, vuestra alma espera recibir de mí mejor que de otros Pontífices, en cuanto podáis, según vuestros méritos.

En cuanto a la Madre del Señor, a quien principalmente os encomendé, os encomiendo y no cesaré de encomendaros, hasta el momento en que tengamos la felicidad de verla, como Nos lo deseamos, ¿qué os diré? Ella, a quien el cielo y la tierra no cesan de alabar, aunque no la puedan alabar dignamente. Sin embargo, considero esto fuera de cualquier



San Ambrosio – Museo del Palacio del Obispo Erazm Ciolek, Cracovia, Polonia

duda: Ella es más elevada, y mejor, y más santa que cualquier Madre. Ella es más clemente y más dulce para con los pecadores y pecadoras convertidos. Empeñaos pues en dar cobro al pecado y, prosternada delante de Ella con corazón contrito y humillado, derramad vuestras lágrimas. Os prometo que Vos la encontraréis, sin duda ninguna, más pronta que una madre carnal, y más tierna en amaros.

Comenta el Padre Rohrbacher:

Esa carta del Papa San Gregorio VII es notabilísima: nos muestra una maravilla que el mundo no comprende. Ese genio poderoso, que con una mirada abarcaba todos los reinos, todos los bienes y los males de la humanidad, que atacaba al mismo tiempo y por todas partes los vicios y desórdenes de los más poderosos, que no tenía ningún recelo en hacerlo por obstáculo alguno; que parecía a todos los hombres de su tiempo más firme e inquebrantable que el cielo y la tierra, ese genio poderoso tenía [...] una ardiente devoción a la Santa Eucaristía, una confianza filial en la Santísima Virgen y una tierna compasión hacia la flaqueza humana.¹

Alegría de Dios con el pecador que se convierte

Son trechos de un gran Santo y comentarios de un gran autor.

En primer lugar, a respecto del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, lo que está dicho es que el pecador no debe apartarse de la Sagrada Eucaristía. Por el contrario, él necesita recuperar el estado de gracia y volver a frecuentar este sublime Sacramento. Porque el Dios de misericordia en lugar de apartar al pecador, lo atrae. Él no acepta en la Sagrada Eucaristía al hombre en el estado de pecado, pero arranca al pecador de ese estado con la perspectiva de recibir el banquete celestial, atrayéndolo a sí. De manera que, cuando alguien comete un pecado, no debe apartarse de la Eucaristía; por el contrario, debe confesarse lo más rápido posible, colocándose en el estado de gracia y volver a la Sagrada Eucaristía.

Porque es inmensa la alegría de Dios con el pecador que se convierte. Él lo expresa bien en el Evangelio cuando habla de la mujer que perdió una moneda; la busca por todas partes, y habiéndola encontrado, llama a las amigas mostrándoles su alegría por hallar la moneda. O también, con el ejemplo del buen pastor que busca la oveja descarriada y, después de encontrarla, la devuelve en sus hombros hasta el redil.

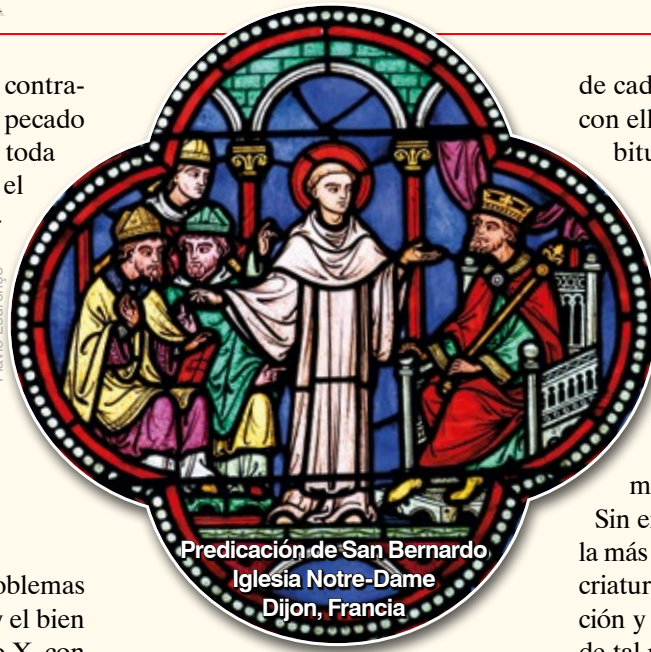
O sea, Dios ama singularmente al pecador arrepentido, y al perdonar al pecador realmente contrito, Él tiene una razón para amarlo más que antes. Es por eso que Santa María Magdalena fue más amada por Nuestro Señor después de convertirse, que antes de pecar. Son esas las amplitudes de la misericordia divina.

No hay cosa que sea más frecuente que encontrar en las almas una acción del demonio que pone las cosas en estos términos: “Usted está en estado de pecado, no comulgue ni se aproxime a Dios. ¡Dónde se ha visto que un pecador de su bajeza pueda aproximarse a Dios en estado de pecado! ¡Usted está loco, es un despropósito... huya!”



Ahora bien, la verdad es lo contrario: “Usted está en estado de pecado mortal, vaya corriendo con toda humildad hacia Aquél que es el médico de su alma, su Redentor. Golpéese en el pecho lamentando el mal que hizo, pero vaya con confianza porque la puerta de la misericordia estará abierta”.

Flávio Laurencio



San Pío X dio uno de los más terribles golpes a la Revolución

Así se comprenden los problemas de la expansión de la Iglesia y el bien prodigioso, hecho por San Pío X, con su proyecto de reforzar el fervor eucarístico.

Aquí vemos a un San Gregorio VII, apoyado en San Ambrosio, pleitear la comunión diaria. Como es sabido, antes del tiempo de San Pío X las personas más piadosas comulgaban dos o tres veces por año. Eso era observado para tener más respeto hacia la Eucaristía, de manera que, manteniéndose bien apartado, el fiel hiciese una gran preparación para la comunión. Se diría que esto era una actitud espléndida. Pero, generalizando la frecuencia a la Sagrada Eucaristía, San Pío X dio uno de los más rudos y terribles golpes que se podían dar en la Revolución. Especialmente con la comunión de los niños. El imperio del demonio difícilmente es tan grande en un alma que recibió el Santísimo Sacramento, como sería si esa alma nunca lo hubiese recibido.

Por lo tanto, la insistencia para que los fieles se acerquen a la Sagrada Eucaristía, tiene por detrás en el plano doctrinal un deseo de que el pecador busque a Nuestro Señor; y sin desfallecer, vaya una vez más a su encuentro, amparado en su bondad. De manera que una persona por más que peque, nunca deje de confesarse, con el propósito serio de no pecar más -según pide la Iglesia-

y comulgar, aproximándose de esta forma a la fuente de agua viva que es el Santísimo Sacramento.

Armonía total y embriagadoramente bella del perfil moral de la Madre de Dios

Lo que San Gregorio VII dice a respecto de Nuestra Señora es también una verdadera maravilla:

... considero esto fuera de cualquier duda: Ella es más elevada, y mejor, y más santa que cualquier Madre. Ella es más clemente y más dulce con los pecadores y pecadoras convertidos.

Aquí está un principio de moral que nos es muy querido: quien tiene una virtud en muy alto grado, posee también todas las otras virtudes en grado elevado. No es posible que la persona sea verdaderamente muy elevada en algunas virtudes, sin ser al mismo tiempo muy misericordiosa. Pues si ella es muy virtuosa, tiene de modo insigne todas las virtudes y, por tanto, también la misericordia.

Entonces, cuanto más yo hablo de la grandeza de la Santísima Virgen y de sus altos privilegios, tanto más debo convencerme de que Ella, entre otras cualidades excelsas, tiene la de Madre tiernísima, benignísima, íntimísima, que se pone a la estatura

de cada uno de sus hijos, para tratar con ellos como las madres hacen habitualmente con sus niños.

Se comprende, así, como está hecha la armonía celestial de Nuestra Señora: mucho más alta que todos los querubines y serafines, a punto de estar fuera de cualquier término de comparación con todo lo que el resto de la creación pueda tener de más superlativamente magnífico.

Sin embargo, a pesar de eso, Ella es la más dulce, la más tierna de todas las criaturas, la que más entra en proporción y en contacto con cada hombre, de tal manera que, si uno de nosotros tiene una madre que considera que es muy cariñosa, esté seguro de que Nuestra Señora la excede indeciblemente en afabilidad, dulzura y cariño.

Así es como la devoción a María Santísima debe ser vista. Y jamás me cansaré de enseñar esto, porque Ella nunca se cansa de darlo a entender a sus hijos en todas las formas, apariciones y milagros...

La acción de Nuestra Señora sobre la tierra consiste en mostrar que Ella es simultáneamente terrible como un ejército en orden de batalla -aplastando continuamente la cabeza de la serpiente y derrotando sola todas las hejías del mundo entero; Nuestra Señora de los cruzados, de los Inquisidores, de los Santos indomables en la lucha por la fe, como fue San Gregorio VII- y, al mismo tiempo, Madre bondadosa de los pobres, débiles, desvalidos y pequeños. Es la armonía total y embriagadoramente bella del perfil moral de la Madre de Dios.

Varón intrépido, batallador indomable

En la ficha leída, el Padre Rohrbacher muestra cómo San Gregorio VII fue un Pontífice indomable.

Tengo la impresión, y es la razón de mi veneración y ternura por San

Gregorio VII, de que fue llamado a prestar en la historia de la Iglesia, más que cualquier otro santo que yo conozca, una virtud que me entusiasma hasta el último aspecto, y para la cual van todas las fibras de mi alma: la combatividad inquebrantable. Él combatió todo, luchó contra todos, no cedió en nada y enfrentó todo.

Esa integridad de alma por donde el hombre camina en dirección a todos los esfuerzos, a todos los riesgos, a todos los sinsabores, con el firme propósito de hacer vencer la causa de la Iglesia, es algo que me entusiasma.

Sin embargo, por ser muy combativo, San Gregorio VII necesariamente debe tener también en alto grado las virtudes simétricas u opuestas. Así, precisamente por tener mucha combatividad, debía ser también un devoto ardentísimo de Nuestra Señora; muy tierno, dulce y ardoroso devoto del Santísimo Sacramento, inculcando formas de piedad extremadamente suaves, como la de la frecuencia diaria al Santísimo Sacramento y la devoción a la Santísima Virgen.

Es como San Bernardo, que fue predicador de Cruzadas y el autor de la “Salve Regina” y del “Acordaos”, oraciones de una extraordinaria unción. Predicador de Cruzadas y llamado “Doctor Melifluo”, es decir, de quien fluye la miel por la dulzura de su predicación a respecto de Nuestra Señora. Él no habría estado a la altura de componer la “Salve Regina” y el “Acordaos”, si no fuese un hombre con el alma de un predicador de Cruzadas. Pero, por otro lado, no sería verdaderamente un predicador de Cruzadas, si no tuviese el alma de un hombre tan dulce, capaz de componer esas oraciones. Las dos cosas se completan. La una sería imposible sin la otra.

Vemos así estas almas grandiosas de San Bernardo y de San Gregorio VII; pero, este último, siendo aún más característica-

mente un varón intrépido, y batallador indomable que llenó con su luz todo el cielo de la Iglesia hasta nuestros días, y la iluminará hasta el fin de los tiempos.

Cada apóstol de los últimos tiempos debe ser como que un otro San Gregorio VII

He ahí al gran Santo cuya reliquia se encuentra en nuestra capilla. Qué felicidad y tesoro contenidos simplemente en esta afirmación: la reliquia de este Santo se encuentra en nuestra capilla. Es decir, es un fragmento de sus huesos, una materia momentáneamente disociada, pero que en un orden más profundo forma un solo todo con su alma gloriosa que ya está en el cielo, viendo a Dios cara a cara, y contemplando a Nuestra Señora.

Ese fragmento, en el día de la resurrección de la carne será inundado por la gloria de Dios, y se transformará en cuerpo glorioso, participando de las alegrías de la visión beatífica que San Gregorio VII tiene en el cielo.

Se comprende entonces con cuánta devoción debemos

aproximarnos de esa reliquia, y cuánta confianza debemos tener de ser atendidos, teniéndola presente entre nosotros.

Anna Catalina de Emmerich², vio varias veces reliquias con resplandores de luces magníficas. Esa luz debería ser un símbolo de la virtud del santo a quien aquella reliquia pertenecía. ¡Qué luz de oro, luz solar estupenda debe esparcir esa reliquia de San Gregorio VII, que, a mi ver –en su grandeza y riqueza de alma– fue la más eminente figura de la Edad Media y contuvo en sí, de algún modo, a la Edad media entera!

Yo no podría finalizar estos comentarios sin recordar que estamos en la fiesta de Nuestra Señora Auxiliadora, ocasión en que Ella se muestra especialmente solícita en ayudarnos en nuestras necesidades y atender nuestros pedidos. Creo que no haya intención más grata que ésta: que Nuestra Señora auxiliadora haga de nosotros cuanto antes, perfectos apóstoles de los últimos tiempos, según San Luis Grignon de Montfort.

Si San Gregorio VII hubiese podido conocer a los apóstoles de los últimos tiempos, se estremería de alegría, porque cada uno de ellos debe ser como otro San Gregorio VII, es decir, debe tener aquella combatividad, aquella grandeza, y aquella suavidad. ❖

(Extraído de conferencia de 24/5/1967)

1) ROHRBACHER, René-François, *Vida dos Santos*, São Paulo: Editora das Américas, 1959. v. IX, p. 193-196.

2) Religiosa agustina alemana favorecida por Dios con muchos dones místicos (*8/9/1774 - + 9/2/1824). Fue beatificada el 3 de octubre de 2004.





La mayor tentación de la Historia

La Revolución de la Sorbona, iniciada en mayo de 1968, proclamó la liberación de todos los instintos, o sea, los hombres poseen el derecho de realizar toda especie de mal, porque eso se da en virtud de los impulsos que provienen de la naturaleza afectada por el pecado original. Con esa Revolución, la humanidad se encuentra delante de la tentación de abandonar toda idea de orden y de moral, que es la mayor tentación de la Historia. Nunca hubo tentación más radical, porque no está hecha para un hombre, sino para todo el género humano. La máquina montada para que esa tentación sea eficaz es fantástica.

PRENEZ VOS DESIRS
POUR DES REALITES.

Il est interdit
d'interdire!

La liberté est le
crime qui contient
tous les crimes. C'est
notre arme
absolue!

NI DIEU NI MAÎTRE
BAS LE TA

En cuanto a los objetivos del movimiento obrero-estudiantil eclosionado en Francia, ellos son al mismo tiempo, muy radicales y enteramente imprecisos. Por más que esas dos notas sean contradictorias entre sí, entretanto, ellas coexisten.

“Civilización del instinto”

En el caso concreto, el movimiento es muy radical debido a la inmensa transformación que tiene como objetivo y, por otro lado, por la radicalidad de los métodos empleados. No obstante, a pesar de ser radical en sus propósitos y métodos, no sabe bien lo que quiere. Está en desacuerdo con el partido comunista, quiere algo diferente y mucho más radical de lo que ese partido quiere.

Se percibe que lo que desea ese movimiento es un impulso y no una convicción. Se trata, así, de un elemento que está germinando en ellos, cuya meta es la igualdad completa, pero que no se presenta como una convicción doctrinal. Es un impulso que nace con esta característica: universal, sacude a la juventud entera. Surge, entonces, una era histórica nueva: el hombre que renuncia a la razón, a la ascesis y espera de un

instinto el orden futuro de cosas.

Así como un volcán en erupción, por ejemplo, sufre una explosión que tiene un orden interno, pues todos aquellos gases se dirigen en la misma dirección; o la detonación de una bomba atómica, en forma de hongo, que también tiene un cierto orden interno, a pesar de que sea una explosión, así también los instintos sueltos poseen cierto orden interno, que a nosotros –por oscurantismo, dicen los revolucionarios– nos parece un desorden, pero son el verdadero orden.

Tenemos entonces la “civilización del instinto” –si es que se puede llamar civilización– la



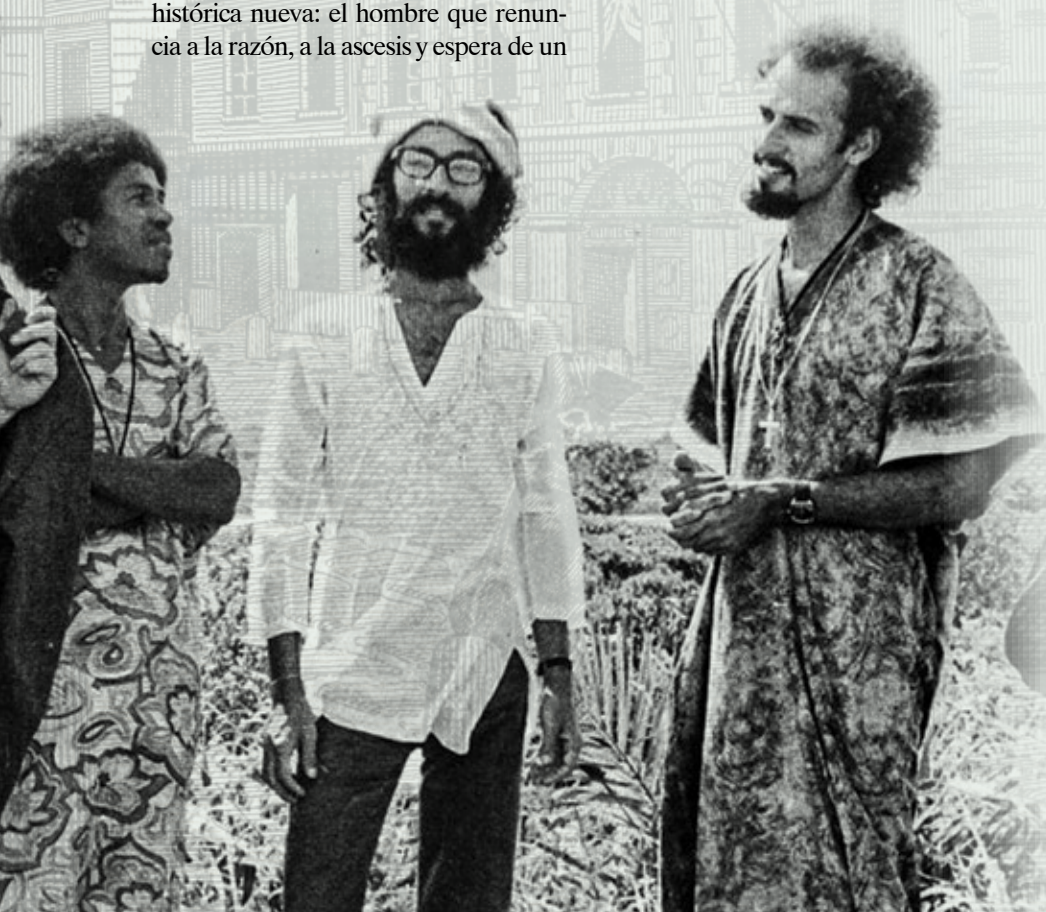
J.P. Bratido

cual se opone a la moribunda civilización de la razón, de la inteligencia y de la voluntad. Esta “civilización del instinto” es evidentemente la glorificación del pecado original.

Por tanto, la revolución de esos jóvenes es un movimiento instintivo que proclamará como filosofía básica del orden de cosas, no un sistema doctrinal, sino el instinto: “Deje que las apertencias, los impulsos, los movimientos que están palpitando en ese tumor, exploten, y de ahí escurrirá su pus inmundado, y nadie lo limpiará. De ahí nacerá una infección y nadie la combatirá”.

No se puede hacer una mayor negación de la verdad, ni una revolución más profunda que esa.

Ellos prometen una situación que nosotros calificamos de desorden caótico, pero ellos lo consideran un sano terremoto rumbo a la ordenación. Es necesario liberar. Libertando el impulso alcanzan un orden, pe-





Flávio Lourenço



Claustro del Monasterio de Santa María – Sobrado dos Monges, Galicia, España

ro que ya no es más nuestro orden. Es el orden de ellos.

Primera gota de una lluvia que terminará siendo una tempestad

En esa revolución anarquista en París, las noticias provenientes de la Sorbona eran las más horribles que se puedan imaginar, presentando aquello como un antro de inmoralidad, de suciedad, una cosa sórdida. Esa era la primera figura de la revolución anárquica, pero evidentemente no podía ser la figura definitiva. Después de haberse presentado como un caos, debía comenzar a soltar su propio secreto, que era la idea nueva, espantosa, única, de que dentro del caos podía aparecer un orden.

Precisamente, cuando se llega al au-

ge de ese caos, nace el nuevo orden. Entonces, si se multiplican esas ideas y se suceden unas a otras, veremos al burgués de hoy, aterrorizado, que se prepara para distenderse con el siguiente argumento: “Nosotros no vamos hacia un caos tremendo, sino hacia un caos fecundo que genera un orden superior al que conocemos. Vayamos rumbo al abismo con los ojos cerrados, hacia el paraíso anárquico”.

Esto es, probablemente, la primera gota de una lluvia que vendrá, primero como una llovizna, después como un torrente, y terminará en una tempestad, en una cosa tremenda.

La humanidad se encontrará, así, delante de la tentación de abandonar toda idea de orden y moral, y de proclamar lo opuesto del orden y de la moral; o sea, está en la presencia de la mayor tentación de la Historia. Nunca hubo tentación más radical, porque no es para un hombre, sino para todo el género humano. Por su universalidad, es prodigiosa. La máquina montada

para que esa tentación sea eficaz, es fantástica. Ese movimiento universal, lo estamos viendo, es el leviatán, propiamente el elemento de seducción, *el demonio del medio día*¹ que se aparece para tentar a los hombres.

Esa tentación es universal en su peor sentido, porque engloba todas las tentaciones posibles. Quien capituló delante de ella, cometió una acción pecaminosa. Ella se pone en la raíz de todos los pecados, pues comete pecado contra el Espíritu Santo, lo más radical que puede haber. Entonces, por su universalidad, su poder y su radicalismo, es la mayor tentación de la Historia.

Una revolución satánica

Si una persona proclama que todos los instintos están sueltos, predica el derecho a realizar toda especie de mal, porque eso se da en virtud de los impulsos que provienen de la naturaleza afectada por el pecado original.

Se proclama, así, que la razón y la voluntad no tienen nada más que ha-



Divulgação (CC3.0)

cer, y con eso se proclama que está cortada la raíz última de toda la moralidad.

Sin duda, si una persona se deja tentar por esa idea, todo cuanto hay de mal en ella, camina en esa dirección, por tanto, queda enteramente tomada por ese pecado. Porque afirmar que no hay ni bien ni mal, es un pecado inmenso, en el cual están contenidos todos los otros pecados que el hombre pueda cometer.

Pero si esa es la mayor tentación natural de la Historia, es también la mayor tentación preternatural de la Historia. El Infierno entero está trabajando para que aquello llegue al estado de pecado total. Y, a partir del momento en que ese estado de pecado global se generalice, yo pregunto: ¿Qué obstáculo puede haber para que el demonio se manifieste?

Por tanto, eso trae consigo el problema de una invasión diabólica, de un rei-

no de violencia, porque gente así quiere reinar por la violencia. Una violencia omnimoda, recíproca, general, bajo el soplo de un leviatán, de una especie de monstruo que se agiganta e intenta devorar el universo para llevarlo a la peor forma posible de mal. Es decir, esa es una revolución satánica.

Es un “orden” ya preternatural, dentro del cual podrá haber otros paroxismos. Es la claridad del reino del demonio.

Históricamente hablando, con la Revolución de la Sorbona, fue transpuesto un meridiano. Esas cosas que eran venenos inmundos, cultivadas en pequeños cenáculos universitarios, y que no salían a la calle, se arrancaron la máscara, creando una de esas situaciones irreversibles para la proclamación del reino del demonio. Porque el reino del instinto es el reino del pecado, es el reino del demonio.

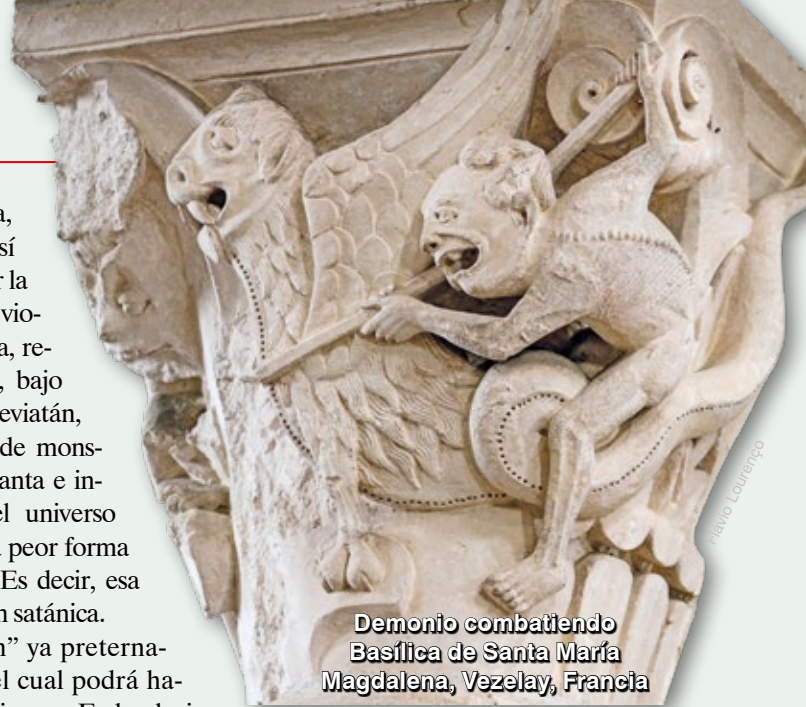
Comunismo anárquico

Evidentemente, no se trata de afirmar que los instintos humanos son un mal en sí mismos. Desde que se dejen gobernar por la razón esclarecida por la Fe y por la voluntad confirmada y fortalecida por la gracia, los instintos son auxiliares preciosos del hombre.

En el caos de esa Revolución, cuando se habla del instinto, se entiende el instinto fuera de control que sucumbió habitualmente, y no una u otra vez, a la presión de las tentaciones, tomando el hábito inveterado de vivir en pecado.

Puede incluso suceder como en la marea creciente: sube, baja un poco, después viene otra ola, sube más... Si bien haya el vaivén de la marea, se trata de una marea creciente.

Un optimista, a cada retroceso de la marea, dirá: “¡Mira, ya lo estaba viendo, eso está disminuyendo!” Después, cuando la marea avanza más,



Demonio combatiendo
Basilica de Santa María
Magdalena, Vezelay, Francia

dice: “¡No, esta vez no es!” Así hasta que la marea haya subido y haya tomado cuenta de todo. Así también, ese arrancarse la máscara proclamando el reino del demonio, es irreversible.

La agitación universitaria en Francia fue una especie de llama en la cual culminó toda una serie de agitaciones anteriores, y que parecía propagarlas hacia el mundo entero. En Francia, la revolución universitaria cayó y se estrelló, y más o menos por todas partes, comenzó a caer en el vacío, a vivir aislada. Sin embargo, aunque sea artificialmente, continúa siendo mantenida, y por todas partes, va crepitando un comunismo que no tiene en vista un estado dictatorial archiorganizado, que sería la dictadura del proletariado, sino un orden de cosas anárquico aún misterioso, el cual presupone una transformación del hombre también misteriosa, y que es la gran incógnita del mundo moderno.

Los teóricos del comunismo siempre afirmaban que el punto terminal del proceso –hasta donde alcanzaba el horizonte suyo– era la anarquía; y que la dictadura del proletariado era una situación intermediaria para llegar hasta la anarquía.

El advenimiento de un comunismo anárquico como fuerza más nueva, más dinámica que el comunismo dictatorial, burocrático, organizado, representa exactamente la aurora del



Demonio tentando a Jesús
en el desierto – Catedral de
Gloucester. Reino Unido



fin del proceso, devorando la penúltima etapa, como siempre sucede en ese proceso: así como la república comunista devoró a la república burguesa, y ésta ya había devorado a la monarquía constitucional, el comunismo anárquico devora al comunismo estatal, organizado.

Tenemos, por tanto, el amanecer de una era que comienza ya a delinarse, señalada como siendo la juventud de mañana.

Super tiranía en un mundo tribalizado

Todos los acontecimientos están centrados sobre ese plan de hacer vencer el comunismo anárquico, la proclamación de la república universal no como un super-Estado, sino como una situación de cosas que es la fraternidad universal anárquica, soñada como fin del horizonte del mundo revolucionario. Vemos que todo tiene que pasar para favorecer esto.

Ya no se trata de un Estado, sino de una super tiranía sobre tribus en un mundo tribalizado, ejercida por medios enteramente desconocidos, pero ya no burocráticos y estatales. El mundo de la economía, de las universidades, de la técnica, de la organización y de la ciencia será deshecho para crear una economía primaria en un estado anárquico.

La economía hoy existente es el fruto de las universidades, con su técnica, su organización, su ciencia, produciendo hombres capaces de tomar la producción económica del mundo, racionalizarla y montar una máquina que se podría llamar la industria universal y el comercio universal.

María Ana



Nuestra Señora de la Divina Providencia - Caieiras, Brasil

A partir del momento en que la universidad se anarquice y todo eso deje de existir, tiene que haber una catástrofe de la economía burocratizada y de una sociedad desigual para pasar a la economía primaria del Estado anárquico, de un “orden” de cosas anárquico. Evidentemente la agitación de la Sorbona es un primer estallido en ese sentido.

En la esperanza de los evolucionistas está la posibilidad de un “orden” de cosas, en el cual haya un factor que permita la ilusión de que la falta de disciplina de los instintos posibilite una vida feliz en esta Tierra.

Sería la idea exactamente de un “orden” de cosas completamente anárquico, laico, sin sacralidad ninguna, en el cual, a título de religión, habría una re-

ligiosidad inmanente, enteramente despersonalizada, en la que los hombres vivirían en una zarabanda completa.

En el otro extremo el Secreto de María

En el extremo opuesto tenemos el secreto de María. A ese respecto, las cosas también son muy misteriosas. Se lee en San Luis Grignon de Montfort que él habla de ese misterio, pero no lo explica enteramente.

A mi ver, es una forma mucho más fecunda de Nuestra Señora actuar en las almas que anteriormente. De ningún modo disminuye el libre albedrío, sino que lo aumenta, porque el hombre, cuanto es más asistido por la gracia, es más libre.

Es una cosa imponderable, pero eso aún no surgió ante nuestros ojos, sino que surgió de un

modo tan incierto, tan indeciso, que nosotros aún no tenemos una verdadera devoción filial y amorosa por Nuestra Señora. Ahora bien, cuando la devoción a la Santísima Virgen no tiene como base ese amor filial y amoroso, no es completa; puede estar llena de toda la Teología que quieran, pero no es una perfecta devoción a Nuestra Señora.

Es la misma cosa que si alguien viniese a decirme: “Conozco muy bien, según el derecho natural, lo que es una madre. Y, por tanto, también la mía”. ¡Así no sirve! O él trata a su madre con un mundo de confianza, de ternura, con la certeza ciega de la bondad de ella hacia él, por lo tanto, con un deseo de servirla por amor, o no sirve de nada.

Bondad y severidad sabia de Doña Lucilia

De todo lo que mi madre me legó, las dos cosas más preciosas que conozco en el orden moral fueron exactamente, por un lado, la bondad, y por otro la sabia severidad. Mamá era tan bondadosa que yo no sabía qué decir. Inclusive en la hora de perdonarme en aquello en que me portaba mal, era de una tal indulgencia, una tal suavidad... Y nunca hacía la menor reclamación porque algo le concernía a ella. Jamás entraba reivindicación de un derecho de ella.

Doña Lucilia, poseía la cultura de una señora de tiempos antiguos y, si bien a veces pudiese no explicitar bien un principio, tenía los principios en su espíritu. Nunca su reprensión era a causa de una irritación personal, sino que siempre era a causa de algún principio ofendido, inclusive el de la autoridad materna. Sin embargo, siempre con tanta bondad y con tanto perdón, con tanta paciencia en lo que atañía a su respecto. Lo que se le hiciese a ella de peor, ya fuese yo mismo de niño, o lo que otras personas le hacían de horrible, y que yo presenciaba, en cuanto la concernía a ella, lo aguantaba quieta y no decía una palabra.

¡Cómo me acuerdo de cuando me llamaba la atención!... ¡Qué seriedad en la mirada, qué compenetración! Se trataba de hacer prevalecer un principio.

Había en mamá la convicción de que, si yo no conformase mi vida con aquellos principios, para ella yo valdría mucho menos; y ella veía en mí más a un hijo que precisaba amar los principios, que a un hijo que debía quererla bien a ella.

¡Cuánta sabiduría había en lo que decía! ¡Qué voz tan grave! Y al mismo tiempo, no estaba ausente la bondad.

Su intransigencia conmigo llegaba a éste punto: Cierta

vez, regresé del Colegio San Luis, de la fiesta de entrega de premios, con cuatro medallas en el pecho. Los niños salían a la calle con medallas, en aquellos tiempos ingenuos. Aún me acuerdo, con traje de marinero, y con cuatro medallas al pecho.

Mamá abrió la puerta y me acarició, fue una alegría.

Al año siguiente volví apenas con tres medallas. Abrió la puerta, miró y dijo:

– ¿Sólo tres? ¿Cómo decayó usted? ¿Qué sucedió para que usted decayese?

Pero eso mezclado con tanto afecto, que puedo decir que para mí fue una preparación para comprender lo que es la misericordia de Nuestra Señora.

Doy esas reminiscencias para ejemplificar un poco lo que estoy pensando. Yo no siento que nuestra devoción a la Santísima Virgen sea enteramente así.

Entonces, volviendo al tema de la revolución anárquica, me viene la idea de que habrá una posesión del demonio, pero también una influencia de Nuestra Señora mucho mayor de la que existe hoy en día; y nosotros somos como la larva que se va arrastrando en el suelo hasta el momento en que María Santísima resuelva transformarnos en crisálidas. ❖

(Extraído de conferencias de 3, 15 y 18/6/1968, 21/4/1969)



1) Es una analogía que el Dr. Plinio usa basándose en la obra de **Paul Charles Bourget** (1852 – 1935) (*Le Démon du midi*, 1914. Ed. Plon - Nourrit) en el que se refiere a la crisis de los años 40 que podría ser el medio día de la vida de un hombre.





El cono del Fuji Yama

El aspecto emocionante del Fuji Yama es que hace surgir la idea de cómo sería un cono perfecto. Se ve en ese cono, sobre todo, lo sublime. El hecho de que él no exista, pero que sea imaginario, insinúa un cono de una belleza como que irreal, que va directamente a lo maravilloso. La lozanía de la inocencia viene de lo siguiente: contemplar el “cono del Fuji Yama” en aquello que nos rodea.

Al contemplar una fotografía representando el Fuji Yama, se procura, casi instintivamente, poner con la mano la punta del cono. Pero nadie hace allí el cono perfecto, que daría toda la belleza a la montaña.

Sublimidad con resplandores paradisiacos

Aunque sea una cosa física, es a la manera de un conocimiento metafísico, bajo la forma de negación – no es este cono, ni aquel, ni aquel otro –, en que aparece una idea de cómo sería un cono perfecto. Y, a mi ver, el aspecto emocionante del Fuji Yama es ese.

Tengo la impresión de que se ve en el cono del Fuji Yama, sobre todo, lo sublime. El hecho de que el co-

no no exista, pero que sea imaginario, insinúa un cono de una belleza como que irreal, que va directamente a lo maravilloso. Y está claro que, al imaginar el cono maravilloso, entra por detrás una nota de sublimidad.

En el cono del Fuji Yama hay un sublime con resplandores paradisiacos. Cada grado de belleza tiene destellos del grado superior, y el más tenue de los grados posee un fulgor de sublimidad.

Tal vez no todo el mundo vea el “cono del Fuji Yama” de las cosas. De donde me parece que percibo que la lozanía de la inocencia viene de esto: ver el “cono del Fuji Yama” en aquello que nos rodea.



Monte Fuji
Isla Honshu, Japón

La Civilización Cristiana

Es una alegría ver todas las cosas en su orden ideal, pensar que fueron hechas para ese orden y percibir que claman por él; todo el movimiento de la naturaleza en el Paraíso sería una realización del “cono del Fuji Yama”.

Y hay en esta Tierra una civilización, no digo incompleta, pero con lagunas, que tiende a la realización de ese “cono del Fuji Yama” de la naturaleza: es la Civilización Cristiana.

De allí resulta que todo se presenta en un orden magnífico, que daría en un cierto “optimismo” si no fuese

por el hecho de que está de por medio el enemigo del hombre, el demonio y todo lo demás.

La Iglesia Católica y la doctrina por ella enseñada facilitan dar el “cono del Fuji Yama” de todo, y presentan el universo, toda la naturaleza, en ese orden. No está dicho formalmente, pero es esto.

De ahí viene la certeza de que, o acaba el mundo, o las cosas tienen que caminar para ese orden. Porque hay un clamor de todas las cosas para eso, y ese clamor ruge y pide a Dios venganza cuando es contrariado. ❖

(Extraído de conferencias de 5/9/1974, 5/5/1975 y 10/11/1980)

Nuestra Señora de la
Merced - Basílica Menor
de la Merced, Cuzco, Perú

El gancho de oro

La Virgen Santísima es para Dios Padre la más escogida de todas las criaturas, escogida por Él desde toda la eternidad para ser la Esposa de Dios Espíritu Santo y la Madre de Dios Hijo. Para estar a la altura de esta dignidad, María tenía que ser la punta de la pirámide de toda la creación, por encima de los mismos ángeles, elevada a una inimaginable plenitud de gloria, perfección y santidad.

Nuestra Señora es el gancho de oro que une toda la creación a Nuestro Señor Jesucristo, y Ella es el ápice y la suprema belleza.

(Extraído de conferencia de 7/2/1971)